

Y su corazón...

Su pelo castaño caía en ondas en el límite de su campo de visión, centrado principalmente en las antiguas letras que revisaba desde hacía más de una hora. El silencio de la biblioteca Codrington, acompañaban la lectura del manuscrito romano que había caído milagrosamente entre sus manos y le permitía perderse en la complejidad de las técnicas de guerra romanas en su idioma original.

Leila Sallow, estudiante de historia, había amado aquella biblioteca desde el mismo momento en el que puso un pie dentro. Las elegantes estanterías negras, acompañadas de las más variadas esculturas en mármol blanco. Los libros, en los que la marca del tiempo había quedado irremediabilmente labrada pero que seguían siendo legibles a todo aquel que supiera descifrar sus secretos. El silencio que esperaba a ser llenado con los pensamientos del historiador ávido que se atreviera a adentrarse en los escritos del pasado. Simplemente perfecto.

Se contaban todo tipo de historias terroríficas sobre el lugar, se hablaba del fantasma del constructor, pero ella no era supersticiosa.

Estaba sola en una mesa apartada del resto, con el libro abierto y una libreta que se llenaba rápidamente de apuntes para el trabajo de historia militar que esperaba poder entregar dentro de una semana, cuando de manera repentina, un agudo grito rompió la calma. Sobresaltada, Leila subió la cabeza en busca del origen del sonido, pero a su alrededor no había más que las sombras que proyectaban las estatuas de la biblioteca a la luz amarillenta de las lámparas. La escena podría parecer un poco tétrica pero para ella esa era su normalidad. Se conocía cada sombra, cada libro en las estanterías, cada baldosa del suelo, no había detalle que escapara a su atención. Por eso aquella noche, su corazón se aceleró al notar algo distinto... una sombra nueva.

Se proyectaba al borde de una estantería, tras la que no había ninguna estatua, tras la que, a esas horas no tendría que haber nadie.

- Umm, ¿hola? ¿Hay alguien ahí? -preguntó al restablecido silencio, que poco a poco parecía borrar esa sombra que tanto le intrigaba.

No recibió respuesta.

- Si es algún tipo de broma, está pero que muy fuera de lugar - añadió. Su corazón había comenzado a calmarse, pero la sombra seguía ahí, cada vez más clara, pero ahí. - No sé si sabe que esto es una zona de estudio así que le ruego que deje de molestar y se marche.

Con estas palabras, y queriendo convencerse a sí misma de que aquel episodio no había sido más que fruto de su fatigada mente, se volvió a centrar en su lectura.

Al día siguiente volvía a estar sentada en la misma mesa de siempre, centrada en un nuevo libro, que sus ojos verdes devoraban con la misma facilidad. El episodio del día anterior volvía a su cabeza con mayor intensidad y recurrencia mediante las horas se acercaban cada vez más a la medianoche.

Cuando el reloj de su teléfono marcaba exactamente las 0:00 un nuevo grito resonó en la biblioteca, y repentinamente las luces se apagaron.

Leila estaba aterrorizada, y no encontraba por ninguna parte el móvil, para poder usar la linterna. Oía pasos a su alrededor, y a cada segundo que pasaba en la oscuridad su corazón se desbocaba cada vez más.

Algo le rozó el interior de la pierna desde detrás, y repentinamente notó como varios pares de manos la arrastraban a una esquina.

A la mañana siguiente, los primeros usuarios de la biblioteca la encontraron acurrucada en un rincón, temblando y con los ojos empañados de lágrimas. Su corazón seguía latiendo con la misma rapidez que cuando la noche anterior alguien le había arrancado por la fuerza su decisión, cuando alguien había convertido algo que supuestamente era para disfrutar en la peor de las torturas. Cuando alguien, y no un fantasma, no por lo menos uno perteneciente a un muerto, le había hecho mucho daño.

Su corazón latía igual de rápido que cuando le habían arrancado de su lectura para convertirla en alguien que nunca quiso ser. Ya nadie la recordaría como Leila Sallow, la brillante alumna de historia, para los de aquella universidad sería: Leila Sallow, la chica a la que atacaron en la biblioteca.

Y su corazón, de latir tan rápido, se partió en pedacitos que ni el amor, ni el tiempo podrían reparar.

Jimena Martín Padrón, 3º ESO B